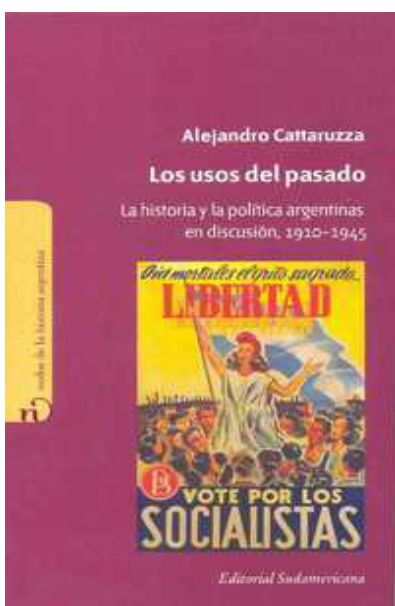


CATTARUZZA, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Sudamericana, Bs. As. 2007. Colección. Nudos de la historia argentina.

Antonio F. Bozzo
Universidad Nacional de Rosario



El autor, a través del título de su libro, *Los usos del pasado*, nos propone que el pasado que cotidianamente se “usa” para homologar a la historia, y viceversa, no sea sencillamente lo que pasó. La idea utilitaria del pasado remite a cierta funcionalidad o intención; orientar o ajustar con un fin. Y esto tiene una larga tradición en el pensamiento occidental. La filosofía de la historia o la teoría política, son algunos ejemplos. Sin embargo, lejos estamos en este libro de estas concepciones, más bien, tal como lo señala su subtítulo, *La historia y la política argentinas en discusión (1910-1945)*, la investigación tiende a dar cuenta de ¿cómo fue resuelta esa relación entre la historia y la política en la Argentina entre 1910-1945? y ¿cuáles fueron los resultados visibles? De esto no se desprende una historia política, aunque los acontecimientos y los problemas que aparecen aquí sólo son comprensibles de allí. Más bien nos acerca a cierta hermenéutica, que tiende a rastrear y reflexionar sobre la construcción de sentidos, que guían la comprensión y las acciones

de los miembros de una sociedad.

¿Qué tipo de evidencias dan cuenta de esto? Si apelamos a una rápida mirada, como es el caso del índice, en el mismo encontramos temas que remiten directa o indirectamente a diferentes hitos y/o grupos sociales que contribuyeron a la formación de la liturgia patriótica, y por lo tanto, del sentido común histórico de la sociedad argentina: el Himno Nacional, la Revolución de Mayo, el 12 de Octubre, el gaucho, el folklore, el revisionismo históricos o los historiadores profesionales. Esta selección, que podemos identificar con las efemérides del Estado Nacional o con grupos de intelectuales y/o académicos que participaron en la conformación de una conciencia nacional, tiene para el autor una serie de claves.

Una de ellas, trata de reconstruir los mecanismos que hicieron que determinados hitos nacionales adquirieran proyección a lo largo de la historia argentina, y de los esfuerzos que se realizaron “...por construir imágenes del pasado y difundirlas, de las resistencias que se les opusieron, de las polémicas que se destacaron en torno a estas cuestiones...” (pág. 28).

M. Duverger en un clásico libro de metodología en Ciencias Sociales, en el que aludía a los análisis cualitativos a través de la Lingüística y la Informática, nos hablaba de programas que permitían extraer en base a un software los temas o ideología dominantes en un texto, apelando con esto a una supuesta objetividad. Si sometiéramos este libro a tan moderna metodología, estamos seguros, que los resultados que arrojaría el supuesto programa, sería, que éste aborda temas relacionados con la nación, el nacionalismo: la historia del nacionalismo, el pasado de la patria, o conclusiones parecidas, los cuales no serían, para nosotros, los más distintivos. No, porque no estén esos temas presente, sino, que la intención que se entrevé en el análisis apunta a desentrañar el valor y la función que tiene el pasado de una sociedad en su presente. Y éste es un tema que trasciende y al mismo tiempo fundamenta, entre otros, la existencia del nacionalismo en el período analizado. “Sólo

merecen vivir los pasados capaces de tener futuro”¹, esto que alguna vez escribió A. Castellán, aunque quitando el dramatismo, podría aplicarse aquí.

Esto último, se relaciona para nosotros con otra de las claves interpretativas: el uso de las representaciones del pasado tiene características específicas, en el que los debates entre diferentes imágenes del pasado encierra una doble significación: “un objeto declamado, y ciertamente auténtico, constituido por las imágenes del pasado, y otro implícito, tan auténtico como el anterior, que se define en el presente y está asociado a los conflictos políticos-sociales del momento...” (pág. 19)

Por esto los binomios, política e historia, nación y pasado que aluden a temas sobre los orígenes, están comprendidos en una dimensión cultural: la conmemoración de las efemérides, la raza nacional, el folklore, etc. Desde esta perspectiva, el autor recorre los itinerarios que hacen a la formación de tópicos temáticos que la sociedad presente establece con su pasado, dando cuenta de la tensión y la disputa por la invención de tradiciones interpretativas, aunque no siempre nacionales, pero interpeladas por ellas para el período en cuestión. He aquí uno de los aspectos más interesantes de la investigación.

Sin embargo, esta investigación cultural del pasado proviene de una lectura historiográfica del período. Esto aclara la presencia de otros temas que están ligados a este aspecto del análisis: el revisionismo histórico y de los historiadores profesionales. En este sentido, es que hallamos en el autor cierta mirada particular con respecto a cuál debe ser el objeto de estudio de una Historia de la Historiografía, cuestión que ha abordado explícitamente en otros trabajos y que hoy encuentra en este libro su concreción².

La relación entre Historiografía e Historia cultural mediada por una perspectiva social, está fundada en las fuentes que deben ser objeto de estudio, los grupos sociales que las manipulan y el tipo de investigación que esto requiere. ¿Qué implica lo dicho? El modo de concebir la historiografía, no como una actividad secundaria a la de historiador, sino que, más allá de su etimología, como una tarea que comprenda a la investigación histórica sobre las condiciones de producción y circulación de bienes simbólicos en una sociedad. Así, este estudio no sólo se refiere a los ámbitos de producción académica sino también a toda práctica social en la que el pasado sea mediador de significado con el presente de una sociedad. Las herencias teóricas para entender esta afirmación pueden ser R. Chartier, R. Darnton, B. Bazco, C. Charle, E. Thompson, E. Hobsbawm, así como M. Bloch o LeGoff, entre otros.

A lo largo del libro, encontramos un conjunto de actores sociales (escritores, militantes, historiadores, músicos, guionistas, funcionarios, periodistas) que interactúan a través de diferentes bienes materiales y/o simbólicos con el objeto de disputar, de atribuirle sentido a temas que refieren al pasado y que fueron decisivos para dirimir las posiciones presentes.

Así, en el capítulo inicial, que es la introducción a la problemática del libro, el autor nos presenta un hecho que revela su estilo: la modificación de la letra del Himno Nacional basada en una iniciativa presidencial durante el gobierno M. T. de Alvear, que para tal efecto convocó una comisión de eruditos y que fue interpretada por primera vez el 25 de Mayo de 1927 en el Teatro Colón. Hecho que se torna sintomático, a través de su resonancia en la prensa, entre intelectuales, agrupaciones políticas y profesionales y que tuvo como corolario una multitud que se manifestó frente a la casa de gobierno el 9 de julio de ese año, donde entonaron el himno en su versión original y que derivó en una persecución policial con detenidos y heridos. Esto a su vez, repercutió en las publicaciones de militantes comunistas, con reducido espacio editorial, que con mucho esfuerzo y escasa difusión, se ocupaban de un suceso que identificaban con la “burguesía” y calificaban como “una pavada” (pág. 12-13)

¹A. Castellán, “Acceso crítico a los supuestos de la historia científica”, en *Tiempo e Historiografía*, Bs.As, Biblos, 1985, pág. 21.

² Ante esto debemos aclarar, que si bien parte del contenido de la presente obra ha sido expuesto y/o publicada por el autor en cursos, congresos, revistas y obras colectivas, al haberlas reunido y adaptado para un único volumen, las investigaciones parciales adquirieron un sentido unívoco a través de su coherencia temática y problemática.

Para el autor, este suceso convoca a la reflexión, por la magnitud de la convocatoria, por el objeto en discusión, por las identidades colectivas en cuestión, pero fundamentalmente porque es una disputa que en algún punto involucraba al pasado. No sólo porque el Himno Nacional era parte de la liturgia patriótica, sino también porque pone en evidencia la coexistencia de otras imágenes del pasado, como la de clase, que incidían en las acciones del presente.

Estos conflictos y mecanismos, no son exclusivos de esta sociedad en particular, no han perdido vigencia, perduran en el tiempo. Es de este modo, que en el desarrollo del texto se articulan otros ejemplos fuera del período en cuestión, donde el pasado se constituye en el lazo necesario para los actores sociales en su presente.

La trama del texto es significativa: los temas narrados aquí, no sólo son los seleccionados por el autor, sino también los que imponen los contemporáneos en su época, y en este sentido la construcción de una identidad nacional, es el central, y es el Estado, el más interesado en él.

Sin embargo, el Estado no es visto aquí como una entelequia que orquesta el futuro de la sociedad, sino como parte de la formación de ella. Esta visión cultural de la historia, tiene la virtud de evidenciar que determinadas representaciones o visiones del mundo colectivas, que construyen verosímil para la acción, constan de una particular temporalidad y de diversas condiciones materiales para la difusión de las creencias.

La apelación a las evidencias materiales y simbólicas necesarias para abordar las imágenes que una sociedad tiene de su pasado, encuentra en J. Le Goff, entre otros, uno de sus inspiradores. Desde aquí es que A. Cattaruzza plantea que tales imágenes "...no se forjan sólo en los gabinetes de los historiadores (...) tampoco son sus sostenes únicamente los libros y los artículos de historia con pretensiones de cientificidad, sino también los ritos y los emblemas de la liturgia escolar o militar y los que se juegan en fiestas más espontáneas, la toponimia urbana y rural, las estatuas, los calendarios y las efemérides, e incluso algunos afortunados textos de ficción..."³ (p.17)

Siguiendo estas líneas de análisis, es que comienza a abordar los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo destacando la relación entre el clima político e ideológico y sus implicancias en la conmemoración.

Lo destacable en este tema, son las preguntas que se intentan responder: ante la posibilidad de otras opciones, ¿por qué el gobierno nacional toma partido por hacer de la Revolución de Mayo el origen de la Nación? ¿Qué se celebró oficialmente? Al mismo tiempo, ¿qué otras imágenes alternativas comenzaron a surgir en torno a aquello que podía alinearse como propio, como nacional? Las repuestas a tales preguntas, presupone en el relato, el recorrido por el testimonio de actores colectivos que interpelan desde distintos ámbitos de la cultura (la educación, instituciones públicas, diarios, revistas, etc.), contribuyendo a asentar posiciones y decisiones alrededor de cada una de las problemáticas.

Podemos reconocer aquí líneas de reflexión que son extensibles al resto de los capítulos. En primer lugar, independientemente del contenido de las posiciones de los actores sociales y de las referencias al pasado, éstas son contextualizadas y remiten a interpretaciones previas o son iniciadoras de tradiciones futuras. En segundo lugar, el juego constante entre disenso o consenso, que se produce entre el Estado y la sociedad civil, a partir de la disputa por el pasado a rescatar y afirmar en el presente.

De este modo, los festejos del Centenario de la Revolución por parte del gobierno nacional, se redujeron a destacar su dimensión política, en tanto Buenos Aires representaba el triunfo de las ideas liberales de la Revolución así como también la del progreso. Pero al mismo tiempo, ante los conflictos obreros y la inmigración, los informes de los inspectores de escuela del Consejo Nacional de Educación, la percepción de algunos funcionarios e intelectuales alertando sobre la necesidad inminente de buscar o profundizar políticas tendientes a forjar una conciencia nacional, generó las condiciones para retomar o resignificar elementos comunes que permitan hablar de una tradición nacional. Esto puede verse, tanto en Ricardo Rojas con respecto a la raza y el indianismo, como Manuel Gálvez y Joaquín V. González con respecto a la relación del interior incontaminado, como

³ A. Cattaruzza, "Entre el análisis de la producción académica y la 'Historia de la Historia'. Una discusión sobre los objetos de estudio de la historia de la historiografía", en *Anuario 17*, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes-UNR, Rosario, 1995-96.

lugar auténticamente nacional, o en el caso de Leopoldo Lugones y R. Rojas que con diferencias, revalorizaron el Martín Fierro como expresión de la literatura nacional.

El autor al explorar la producción literaria o política de la época junto a las polémicas y la incidencia cada vez mayor de la prensa y/o revistas culturales en estos temas es que concluye que, si bien el Martín Fierro, el gaucho y la raza comenzaron a ser temas, aunque no dominantes por lo menos en el mundo intelectual y estatal, las interpretaciones perduraron como tópicos en el debate sobre el reconocimiento de una tradición nacional.

Los temas aquí desplegados y sus derivaciones son retomados en los capítulos siguientes. Su organización y relación, están fundadas en localizar la emergencia, la proyección, la bifurcación, de triunfos o derrotas de líneas interpretativas, producidas por sujetos sociales diversos, que de acuerdo a los ejes de discusión se agrupaban o reagrupaban para definir sus posiciones: ¿qué valores nacionales representa el gaucho?, ¿cuál es el interior auténticamente argentino? ¿cuál es la raza nacional? ¿cuáles son los rasgos culturales que distinguen a la Nación? Para el autor, la tarea central a desarrollar consiste en contextualizar estas visiones y sus respuestas.

Con ese despliegue, también resulta otra visión de conjunto, a saber, que el desarrollo de los núcleos problemáticos revela una agenda de cuestiones, cuyo orden y resolución, no sólo es un modo particular de dialogar a partir de un ideario común, sino que define una tendencia que para los protagonistas se muestra irreversible. Entre otras cosas, el argumento de esta historia, demuestra cómo el fracaso o el éxito por imponer determinadas visiones del pasado dependen de una doble condición: de que sean parte de una agenda de cuestiones que permitan su inclusión y de las circunstancias que hacen viable su aceptación.

Esta doble condición, se ve en los constantes ajustes y desajustes que marca el autor, a partir de reseñar las pugnas a través de aspectos del pasado: José Hernández o el gaucho, la raza hispana o la revalorización del indígena, figura de Juan Manuel de Rosas y la “historia oficial”; éstos y otros dilemas, dependen, para poder prosperar, no sólo de su legitimidad ante los grupos colectivos y la opinión pública, sino principalmente del Estado, que a medida que despliega y consolida sus capacidades materiales y simbólicas en la sociedad, las va asimilando y extendiendo, imponiéndolas como parte de la cultura nacional.

En esta historia, los años treinta aparecen como la culminación de ese proceso. Se distingue en los últimos capítulos, el período de entreguerras: la incidencia de los nacionalismos, las crisis del liberalismo y el mayor protagonismo del Estado sobre la sociedad civil y principalmente la Segunda Guerra Mundial, que contribuye, a extremar las posiciones de los actores sociales. Para esto, se destaca la interpelación que el Estado realiza en lo público: en lo escolar, a través del protagonismo y exaltación de los actos escolares y la utilización de los medios de comunicación, para su difusión; en la apelación a los expertos para el control de los contenidos del material bibliográfico y en correlación el material fílmico que contenga en sus argumentos alguna interpretación sobre el pasado nacional, la incorporación de nuevas efemérides, (el 17 de Agosto y el día de la tradición). Este clima generó en el campo político cultural polémicas que retomaron y/o inauguraron versiones sobre el pasado de la nación que cuestionaban el contenido y el derrotero de la versión liberal de la historia nacional, así el revisionismo histórico entre otras cosas, logró exitosamente para el autor, instalar en el debate la imagen de una “historia oficial”.

A esta visión de conjunto, también deberíamos sumarle, un aspecto de la trama, que creemos, resalta el valor del texto: es plausible deducir que en el relato histórico sobre los avatares de diversos sujetos sociales, también hay en juego cierta concepción sobre la función social de la historia y el historiador.

Como ya dijimos, se trata de una historia que involucra a escritores, intelectuales de partidos, periodistas, historiadores, músicos, funcionarios, etc., de los modos en que construyeron imágenes sobre el pasado, de los medios para difundirlas e imponerlas. La periodización propuesta, 1910-1945, funciona como un marco en donde se halla la “materia prima” a trabajar. La dimensión temporal, no es anecdótica, ni contingente, sino que es sustancial a la visión que el autor quiere dar. Es un momento privilegiado, es el del origen de la nación y la de su conciencia. Es el momento de una invención. Es un lugar en el tiempo en el que se puede reconocer la función y el peso que el pasado tiene en el presente. Ya lo había señalado, G. W. F. Hegel, preocupado por las nuevas ideas: “una

constitución política articulada en sus leyes y costumbres racionales es un presente imperfecto y no puede comprenderse exactamente sin el conocimiento del pasado”⁴.

Esta relación, tal como es propuesta en el libro es existencial: es una historia que trata de identificaciones, de filiaciones, de disputas, de imposiciones entre intelectuales en el presente por medio de imágenes del pasado. El autor hace del pasado un dispositivo, que presupone una acción y un efecto. ¿Cuál? El de construir imágenes que promuevan la inclusión a una comunidad política. Como más claramente lo señala A. Cattaruzza, “la extensión de los sentimientos de pertenencia a la nación en la sociedad”.

Consideramos que la elección por el autor de los objetos de estudio, los modos de abordarlos, el papel que los intelectuales y los historiadores profesionales desempeñan en el relato, no son sólo una puesta a la vista de un pasado, sino también se trata de recoger las experiencias de vidas, las motivaciones y las actitudes de quienes tuvieron como actividad trabajar con y desde las ideas sobre la opinión y la conciencia de los individuos de una sociedad. El pasado tanto en su versión de memoria colectiva como en la letrada tiene una función social localizada, históricamente contextualizable. En definitiva, el pasado en la trama del texto, termina siendo en términos amplios, un recurso metodológico, un lugar por donde acceder al imaginario colectivo de una sociedad.

En síntesis, en nuestra opinión, el relato del libro nos lleva a recorrer un laberinto de opciones y elecciones, de encuentros y bifurcaciones, de continuidades y rupturas que el autor ha podido conectar en base a un cúmulo de evidencias de diversa índole y relevancia. Con el suceder de estos hechos y destacando su significación podemos recorrer la historia de la invención de tradiciones y sus vicisitudes.

La clave central está, también en el legado, en la tradición de la propia disciplina, de uno de sus cultores, que el autor no desconoce y que aquí encuentra su realización: “...Hasta que no sepamos lo que los hombres de aquel tiempo conocían del pasado y cómo lo imaginaban, no comprenderemos casi nada de su *Weltanschauung* [ideología o pensamiento], ni de su política, ni, si no me equivoco, de su literatura épica.” [M. Bloch]⁵.

Palabras Claves: Historiografía Nacionalismo; Intelectuales

Key words: Historiography; Nationalismo, Intellectuals

⁴ En H. White, *El Contenido de la forma*, Barcelona, Paidós básicos, 1992, pág. 45.

⁵ Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México, FCE, 1998, p.32.